

Letanías de Marte

Beto Liòndeux

Letanías de Marte

UNA SÁTIRA



Capítulo 1

Eran cinco nicaragüenses en el planeta Marte, abandonados por el gobernador Belarmino por ser considerados parias de alta peligrosidad para el desarrollo del país. Ya la macabra y desvergonzada estrategia de encarcelamiento político no era suficiente para callar la voz de algunos más osados con la tiranía, y con el apoyo indiscriminado y desfachatado de los rusos, Belarmino había logrado enviar a los primeros nicaragüenses considerados no aptos ni para pisar el suelo patrio. Si los presos políticos sentían que estaban pisando las arenas movedizas y ardientes del Seol y una oscuridad tan espesa que podían hasta saborearla, pues los parias marcianos estaban queriendo desdoblarse de sus cuerpos y viajar con sus almas regreso a la tierra por que la infinita inmensidad del universo no solo era desesperante, era vertiginosamente triste y vorazmente deprimente. En ese planeta rojo podían aprender y saborear hasta el tuétano la humanidad de cada uno, era lo más entretenido que tenían, y se daban cuenta de lo importante e intrínseco que es la interacción humana para sobrevivir. Al menos no estaban como el desventurado naufrago y Wilson, su pelota de volibol, amigo imaginario. Estos cinco nicaragüenses podían entender con claridad que el hombre no era un ser aparte de la Creación de Dios, era un elemento más de esta. Había sido creado del hálito del mero creador, junto con el Sol, el cual salió de la boca de Dios ardiendo a 10,000 grados centígrados, y detonando mil bombas de hidrógeno cada diez segundos. El hombre era parte de ese inmenso universo dinámico, de la vía láctea, nuestra galaxia, donde yace ese globo de colores llamado Tierra, pero no está ubicado en el centro de la galaxia, está apenas en las afueras en medio de los espirales que giran alrededor de esta. El ser humano no es el centro del universo ni es tan importante como cree ser, y esta era una verdad que los nicaragüenses desterrados habían aprendido.

Hablaban largas horas dentro de una especie de casa de campaña donde vivían confinados, y de vez en cuando (ya que habían perdido la noción del tiempo) celebraban una supuesta navidad al mismo tiempo que oraban y suplicaban para regresar a sus planetas, y en la inmensa oscuridad observaban cuerpos celestes, entre ellos la Supernova Vela Pulsar, hermoso espectáculo de fuegos artificiales encendidos directamente de la Mano de Dios – pensaban – y los hermosos sonidos eran como de mil coleópteros cantando Hey Jude con voz de bajo profundo. Esta era la navidad de estos tercer mundistas, pobres exiliados astrales en los confines de Marte. Todo lo que fueron, ya no existía ni era recordado en aquel planeta celeste, no valía la pena. Además, el gobernante Belarmino se había encargado de borrar las mentes de todos los familiares y amigos de estos pobres exiliados, para que no hubiera el más mínimo rastro de lo que fueron y lo que una vez pudieron ser. Por que fueron personas de peso, influyentes, tanto que estaban cambiando el rumbo del país en el sentido que eran los únicos que podían convencer con la destreza menos

esforzada a la cúpula de Belarmino, al punto que casi logran lo que le pasó al emperador romano Julio César- ser apuñalado por 69 miembros de su propia asamblea. No, para Belarmino esto no encontraba cabida y tuvo que actuar rápido y unir fuerzas con los rusos desfachatados como todo dictador pusilánime resolviendo de la manera fácil y al trompón y la patada.

Felix Ardán preparaba el café para sus compañeros quienes aún dormían absortos a su espacial realidad. Revisaba las noticias, al menos tenían wifi en el espacio, quizás era lo que aún los mantenía con vida más que la interacción humana, ¡ija! Y era una conexión rápida, de hecho, eran 300,000 Mbps, es decir, el equivalente a la velocidad de luz. Escuchaba todas las atrocidades que Belarmino continuaba haciendo, de 6 millones de personas, ya quedaban sólo medio millón entre tanto exilio y preso político a causa del inconmensurable daño del gobierno a la patria. Félix, aún con esperanza, pensó a sus adentros – si regreso a Nicaragua, lo primero que haré es buscar a mi esposa, mis dos hijas, y combatir a Belarmino, quien está políticamente acabado, además yo tenía el control del 65% de la economía de mi país y tengo recursos para acabarlo. Félix era el último heredero de los Ardán, una familia francesa que había llegado al país en el siglo XIX, su padre había terminado de cimentar un imperio de bienes raíces y otro conglomerado de empresas que no vale la pena mencionar. El buen Félix aún tenía esperanzas en Dios, era un hombre de fé, de principios, de esos que primero practican y luego reflexionan. Era de accionar y lo mejor tenía la capacidad de analizar al mismo tiempo y proveer soluciones acertadas para todo tipo de problemas. Era perspicaz, siempre conocía lo que podía ir bien o mal y tomaba precauciones. Incluso antes que lo montaran en el columbiad ruso, ya había enviado a su esposa y sus hijas a otro país, por tanto, estaba confiado que aún estaban con vida.

Le dio el primer sorbo a su taza de café mientras seguía navegando las noticias, cuando encontró un titular que le causó cierta desazón. Estaban informando que Estados Unidos había hecho público el contacto con los extraterrestres que había comenzado desde los tiempos de Roosevelt, y estaban uniendo fuerzas para liberar a países tercermundistas de la opresión y de rescatar a algunos que estaban fuera del globo, como era el caso de Félix y sus compatriotas. A lo inmediato, los despertó y les compartió la noticia. Entre el soponcio del sueño de madrugada, aquellos iban reaccionando a la noticia en un efecto domino eufórico. Exploraron juntos la noticias e indagaron más acerca del tema y concluyeron que las cosas no eran tan buenas como prometían ser. Estaban perdidos en el espacio y la noticia de rescatarlos no parecía resonar y liberar serotonina de sus cerebros. Los extraterrestres llegarían a rescatarlos en tres días, pero los llevarían a un universo paralelo, otra Tierra, donde sus familias les esperarían con brazos abiertos y donde el reinado de Belarmino no existía, más bien gobernaba una doctora en leyes, inteligente, con un bagaje político de peso, con buenas relaciones con las potencias del

mundo, ecuánime y con buen juicio, persistente e inclusiva de todo el pueblo. Lo meditaron entre donas y café de la mañana y llegaron a algunas conclusiones.

Por parte de Félix Ardán, los trozos que quedaban de su alma y corazón, estaban dirigidos para regresar a Nicaragua, encontrarse con su familia y enfrentarse a Belarmino. Lo paralizaba el miedo con solo pensar que fuese un intento fallido y que de repente fuera desterrado con toda su familia o bien asesinado por los guaruras de aquel gobernador impalador de hombres con temple de acero e ideas innovadoras. Pero, confiaba en la Mano Poderosa del Pintor de los Cielos, aquel de cuya boca salió la estrella magna, el sol, el cual es una de las millones de estrellas y no es la más grande de todas. Los otros nicaragüenses estaban más inclinados por la idea de ir a ese universo paralelo donde iban a ser reconocidos, venerados, esperados por todo el pueblo, y donde encontrarían intactas a sus familias y donde todo iría muy bien. Uno de ellos era un poeta nicaragüense de renombre, otro era un músico que había encontrado auge por componer canciones que hacían alusión a la crisis socio política, otro, un economista consultor privado que había revelado muchas verdades como el declive económico del país, y otro era un juez magistrado de la corte de justicia que había renunciado abruptamente a las veleidades de Belarmino y toda la debacle política. Disentían entre ellos y trataban de convencer a Félix de no ser ingenuo y creer que podía regresar a la verdadera Nicaragua y esperar cambiar todo. Si no pudiste antes – como vas a poder ahora que estas más hecho mierda – le decía el poeta, entre rimas vulgares. El músico le ponía un mano en el hombro y fraternalmente le pedía irse al universo paralelo, casi en tono de ruego. El economista solamente le decía que las probabilidades de su éxito eran casi nulas, y que sus finanzas quizás a estas alturas ya estaban en manos de Belarmino o bien evaporadas. El juez magistrado de la corte le decía que era un pendejo.

Los cinco hombres salieron de su casa de campaña y empezaron a ver el universo, como analizando su entorno el cual pronto dejarían, les invadía cierta nostalgia saber que ya no compartirían íntimamente su humanidad, tan callada y pacífica en aquellos confines de marte donde no existía el hambre, las deudas, las calamidades, los asesinatos, las injusticias, y donde tenían wifi a la velocidad de la luz. Según la noticia, los extraterrestres vendrían en tres días, pero con posibilidad de llegar en cualquier momento, por tanto, debían estar expectante, de otro modo se quedarían para siempre en marte. Pero, Félix Ardán estaba asaltado por la duda, por que ¿cómo explicaría su decisión cuando en realidad quizás no había chance de decidir? Los extraterrestres pasarían llevándolos y lo que menos les importaba saber era que decisión querían tomar los seres terráqueos de marte.

Félix, siendo acucioso y perspicaz pensó que tal vez los extraterrestres tenían los medios para comunicarse fácilmente con alguien más, y no

perecerían quedándose varados en marte junto con los otros compatriotas que no querían regresar a la verdadera Nicaragua. Por tanto, contempló la idea de robar el Columbiad por unos minutos, pero luego investigó que existía una pequeña nave en forma de esfera que los Columbiads espaciales siempre llevan al costado en casos de evacuación por una emergencia. Al final, ninguno de ellos pensará que estoy haciendo algo indebido, solamente no quiero avisar que he tomado otra decisión – pensó a sus adentros. El miedo a que alguien tuviera una reacción adversa se apoderaba de él, y era quizás el único momento donde pudo tener miedo.

Un estrepitoso ruido los sacó a todos fuera de órbita, pensaron que tal vez era otra supernova implosionando, pero ¡Eran los extraterrestres! Ya la gloria inminente estaba cerca para todos, excepto para Félix Ardán que tenía su propia agenda. Los cinco nicaragüenses se quedaron viendo entre sí, capturados por diversas emociones, y preparados para montarse con sus aliados, los extraterrestres enviados por los gringos. Aquellos seres bajaron de la nave, y no, no eran verdes ni bicéfalos, eran simplemente gringos que habían hecho vida en las afueras del universo cuando exploraron por primera vez la luna en el año 1969. Eran discípulos de un Neil Armstrong de una tierra paralela donde el ser humano moderno hacía ver a los Mayas como niños de preescolar en sus conocimientos de los astros y a los Atlantis como de secundaria, en términos de dominio sobre la Creación.

Los dos extraterrestres que bajaron saludaron fríamente a los nicaragüenses y con las manos hicieron seña para indicar que se montaran, al mismo tiempo con un ademán de prisa. Félix Ardán trató de darle la mano a uno de ellos, pero este lo quedó viendo impávido como si no supiera de que se tratase aquel acto de cortesía. Luego le señaló que procediera a montarse con cierta brusquedad, como si su paciencia había sido colmada sólo por aquel atraso de segundos. Quizás en marte eso significaba mucho tiempo. Entre tanto y se montaban, Félix Ardán localizó la nave esférica en la parte trasera del Columbiad. Al entrar a la nave todos se tiraron en los asientos como un niño se tira a los brinca brinca de juguetes. Excepto Ardán quien maquinaba su plan. Al menos ya tenía una idea de operar aquella nave por los videos que había visto en YouTube. La canción One More Time de la banda Daft Punk sonaba a todo volumen dentro de la nave, y los dos pilotos aún permanecía afuera como discutiendo algo. Fue en ese momento salió disimulando hacia la parte trasera entre tanto sus compatriotas estaban envueltos en el frenesí.

Entró con agilidad al compartimiento de la nave esférica, mediante la ocular ventana trasera podía ver los pilotos extraterrestres que seguían discutiendo, luego encendió la nave, éstos salieron corriendo hacia adentro al escuchar la ignición. Félix Ardán desesperadamente inició las revoluciones y marco en el panel su destino: Tierra. Escuchó el escándalo entre gritos y sonidos guturales de aquellos extraterrestres por querer

detener lo que estaba haciendo. Aceleró y finalmente salió catapultado en el vasto e infinito universo, un silencio profundo y una indescriptible paz se apoderó de él, iba de regreso a la tierra, a ver a su familia y encarar al Goliat de Belarmino, pero entre tanto, soltó una sonrisa cual Garcín victorioso, mientras en el fondo de la cabina se escuchaba a bajo volumen, la canción "Mañana en la luna" de Salvatore Ádamo.